

to eligió el camino que cruza de Gorki á Fominskoie por Ignatowo, y ordenó al príncipe Eugenio, que tenía ya parte de su caballería y la división de Broussier en Fominskoie, que pasara por este camino el primero, al mariscal Davout que pasara el segundo, y á la guardia que pasara la postrera. Quedando el mariscal Ney en Gorki con su cuerpo, con la división polaca de Clapartede y parte de la caballería ligera, debía ocupar el puesto de Murat delante de Woronowo, mostrarse muy al descubierto delante de las avanzadas rusas y asomar también por Podolsk, á fin de dar lugar á todas las posiciones, sin excluir la de un movimiento por nuestra izquierda, y representar esta especie de comedia hasta el 23 por la noche, para engañar á los rusos y proporcionar á nuestros bagajes el tiempo que necesitaban para deslizarse. Representado este papel, debía el mismo mariscal Ney moverse el 23 por la noche para pasar del camino viejo de Kalouga al nuevo, ejecutar una marcha forzada, estar el 24 por la mañana en Ignatowo, el 24 por la noche en Fominskoie, y el 25 en Malo-Jaroslawetz, lo cual bastaba para que esta magnífica operación se llevara á remate.

Nunca anduvo Napoleón mejor inspirado ni más rápido en sus concepciones, y para ésta había muchas probabilidades de buen éxito, salvo siempre una dificultad que, de algún tiempo á esta parte, venía á ser el escollo común de sus planes todos, el de maniobrar con tales masas de hombres y de bagajes. Nada perdía el arte de la guerra por sus combinaciones, mas perdía siempre por sus empresas, de resultas de la proporción desmesurada que había dado á todas las cosas. Con un ejército como el que mandaba en Italia ó como el que dirigía el general Moreau en Alemania, saliera bien tal movimiento y fuera uno de los hermosos timbres de gloria para el que lo había concebido. Pero con todo lo que Napoleón llevaba detrás de sí era dificultoso. Y

la ciudad. Relativamente al cuartel general de la intendencia, compuesto de cuanto forma parte del tesoro, estará pronto á partir mañana por la noche con la división del general Roguet por escolta.

«Teniendo el emperador intención de volver aquí, guardaremos los principales almacenes de harina, de avena y aguardiente. Todos los agentes, de que acabo de hablar más arriba, dormirán en el Kremlin, y el ordenador tomará las órdenes del duque de Treviso.»

De consiguiente es cierto que Napoleón el 18 quería dos cosas: primera marchar sobre el enemigo; segunda dejar á Mortier para guardar á Moscou. De repente y el 20 por la noche en el palacio de Troitskoie muda de designio, y en vez de marchar al enemigo, tuerce á la derecha y da instrucciones para trasladar al ejército del camino viejo de Kalouga al nuevo. Al mismo tiempo prescribe á Mortier que evacúe el Kremlin y se le incorpore por el camino de Wereja. Hasta el estilo de las órdenes indica una determinación repentina, instantánea y tan nueva que lleva consigo la revocación de las órdenes dadas antes. Todo se explica si se admite que sobre el terreno, viendo á los rusos obstinados en mantenerse sobre el camino viejo de Kalouga, y concibiendo la esperanza de ocultarles su marcha por el camino nuevo, prefirió llegar á su objeto sin batalla, sin diez ó doce mil heridos que hubiera de llevar consigo, y ya entonces no quiere dejar á Mortier solo, separado de él por un ejército intacto y no batido. Esta es la única versión acorde con todas las órdenes expedidas. Una vez aceptada, revela el hecho importante de que Napoleón, aun dejando á Moscou, no se podía decidir á evacuarlo, y da al traste con el argumento de haber perdido dos días en el camino, cuya pérdida fué decisiva para el movimiento sobre Kalouga. Si hubiera querido ir allí directamente y sin combate, marchara simplemente por el camino nuevo y se limitara á una falsa demostración sobre el viejo. (N. del A.)

hay que añadir que valiera más tomar este partido en el mismo Moscou, salir de consiguiente por el camino nuevo de Kalouga, dejando á Murat sobre el viejo, para engañar allí al enemigo con su presencia, llegar con el grueso del ejército á Malo-Jaroslawetz dos días antes, y asegurarse de esta suerte muchas más probabilidades de penetrar sin combate por el camino de Kalouga. Pero para que aconteciera así fuera necesario que Napoleón se resignara en Moscou mismo á la idea de una retirada, la cual distaba mucho de su mente, puesto que no salió de allí sino con la intención de maniobrar contra el enemigo, puesto que no tomó la resolución definitiva de separarse sino sobre el terreno, reconociendo la posibilidad de una maniobra atrevida, aprovechando la coyuntura de compensar el mal efecto de un movimiento retrógrado por el efecto brillante de una sabia maniobra, maniobra que, sin combate, le restituyera sus comunicaciones, le llevara sano y salvo á un país rico y habitable en invierno, y expusiera á la irrisión de Europa al enemigo que le había dejado escapar.

Véase de qué extraño modo se resolvió al fin Napoleón á emprender la retirada y á evacuar á Moscou, por decirlo así, de improviso, sin desealarlo, y sólo de resultas de una repentina inspiración del momento. Hecho este sacrificio, de que se indemnizaba con la perspectiva de una marcha prodigiosamente hábil y atrevida, pasó el día entre Troitskoie y Krasnoe-Pakra, para asistir personalmente al desfile de su ejército, que continuaba presentando el espectáculo más singular y más alarmante bajo el aspecto de los embarazos que se aglomeraban á sus espaldas. Al paso de todas las quebradas, de todos los pequeños puentes, que había que reparar ó consolidar á menudo, al paso de todas las aldeas, de las cuales había que atravesar las largas avenidas, se prolongaban las columnas para cruzar estos desfiladeros, se retardaban pronto de la manera más importuna, y era fácil de prever que habría exposición á graves incidentes cuando fuera detrás una innumerable caballería ligera. Ahora los cosacos estaban aún mantenidos á distancia, á la izquierda por la presencia de Ney sobre el camino viejo de Kalouga, á la derecha por la ocupación del camino de Esmolensko, y hasta el presente no había que sufrir de resultas de su presencia. No había cesado el tiempo de ser hermoso: abundaban los víveres, pues además de los que se llevaban consigo, se hallaban muy bastantes en las aldeas. Pero ya muchos carros abandonados, porque no se les podía hacer cruzar los desfiladeros, ó porque, con la prisa de ir adelante, los lanzaban las tropas á derecha é izquierda de los caminos, engañaban la previsión de los que quisieron ponerse al abrigo de escaseces ó la avaricia de los que imaginaron conservar el botín de Moscou.

Habiéndose cansado el cuerpo del príncipe Eugenio á consecuencia de la larga marcha que hizo el 21 por la travesía de Gorki á Fominskoie, se le concedió el día 22 para descansar, para reunirse, juntar sus bagajes y recibir las cinco divisiones del mariscal Davout, con las cuales podía presentar una masa de cincuenta mil infantes, los primeros del mundo, á todo enemigo que hallara por delante. Después de pernoctar Napoleón el 21 en Ignatowo, se trasladó el 22 á Fominskoie y dirigió algo más á la derecha sobre la ciudad de Wereja al príncipe Poniatowski, á fin de unirse más estrecha-

mente al camino de Esmolensko, por el cual se operaban todas nuestras evacuaciones de heridos y de material bajo la custodia del general Junot.

A Borowsk llegó el 23 el príncipe Eugenio, llevando la división de Delzóns y la caballería de Grouchy á la cabeza, la división de Broussier en el centro, la división de Pino y la guardia real italiana á retaguardia. Ya no faltaba más que un paso para dar remate á la maniobra, cuya idea concibió Napoleón el 20 por la noche, porque Borowsk ya estaba en el camino nuevo de Kalouga y cabalmente á la altura á que se hallaban los rusos en el viejo, ocupando el campo de Taroutino, y para rebasar esta altura bastaba apoderarse de la pequeña ciudad de Malo Jaroslawetz. Ésta se hallaba situada más allá de un riachuelo, llamado el Lougea, y fangoso como todos los que atraviesan aquellas llanuras de inciertas pendientes. Por orden de Napoleón hizo el príncipe Eugenio que el general Delzóns forzara este paso, y le empujó más allá de Borowsk, adonde se llegó muy temprano, á fin de que penetrara en Malo Jaroslawetz el mismo día. Muy tarde se presentó allí el general Delzóns; encontró medio destruido el puente sobre el Lougea, apresuróse á hacer pasar como pudo dos batallones para lanzarlos contra la ciudad, guardada por algunos puestos insignificantes y ocupóse al punto en la reparación del puente con los zapadores del ejército de Italia. Hasta que el puente se hallara restablecido no quería que toda su división se trasladase al otro lado del Lougea. A esta operación se dedicó toda la noche.

Mientras este magnífico movimiento se estaba ya terminando, el ejército ruso permaneció con singular ceguedad en su campo de Taroutino, no sospechando de ningún modo la humillación que se le preparaba. No suponía á Napoleón otro intento que el de atacar y tomar á Taroutino, en desquite de la sorpresa de Winkowo. Sin embargo, habiendo señalado las tropas ligeras del general Dorokoff la presencia de la división de Broussier en Fominskoie, después de ocupar algunos días el camino nuevo de Kalouga, imaginóse el generalísimo Kutusoff que esta división no tenía otro objeto que el de enlazar al ejército de Napoleón, descubierto muy distintamente en el camino viejo de Kalouga, con las tropas que seguían el camino de Esmolensko, y resolvió apoderarse de esta división, considerándola en situación muy aventurada. Fiólo al general Doctoroff con el sexto cuerpo. Habiéndose adelantado éste el 22 hasta Aristowo, creyó descubrir delante algo de más consideración que una división sola; al mismo tiempo algunos jefes de partidas vieron tropas que operaban un movimiento transversal de Krasnoe-Pakra á Fominskoie, y se lo noticiaron al generalísimo Kutusoff el 23 de madrugada. Por tales señales reconoció éste que, abandonando Napoleón el camino viejo de Kalouga, pensaba penetrar por el nuevo y rebasar el campo de Taroutino. Detener á Napoleón en Borowsk ya no era posible, y no había probabilidad de embarazarle el camino más que trasladándose á Malo Jaroslawetz detrás del Lougea. De consiguiente el generalísimo Kutusoff dió órdenes al general Doctoroff para dirigirse con toda diligencia á Aristowo, y él mismo dióse prisa á reunir el ejército ruso para encaminarle por Letachewa sobre Malo Jaroslawetz, cuya posesión parecía que había de decidir del término de esta memorable campaña.

Habiendo pasado el general Doctoroff el día 24 el Protwa, en el cual se lanza el Lougea más abajo de Malo Jaroslawetz, llegó delante de esta ciudad al despuntar la aurora, cuando ya la ocupaba el general Delzóns con sus dos batallones. Véase cuál era el punto que iban á disputarse.

Malo Jaroslawetz se encuentra sobre alturas, á cuya falda corre el Lougea en un lecho pantanoso. Viniendo de Moscou los franceses tenían que pasar el Lougea, y que trepar las alturas y que sostener aquel punto. Marchando los rusos por su izquierda á otro lado del río, no tenían más que meterse en la pequeña ciudad, objeto del sangriento combate que iba á darse, repelerlos y lanzarlos de arriba abajo en el lecho del Lougea. Para sacar provecho el general Doctoroff de las sinuosidades de las colinas, colocó á su derecha y nuestra izquierda baterías que, enfilando el puente del Lougea, debían acribillarnos á balazos, ora cuando pasáramos el puente para trepar aquellas alturas, ora cuando bajáramos de las alturas hacia el puente.

A las cinco de la mañana del 24 de octubre atacó á los dos batallones el general Delzóns con cuatro regimientos de cazadores, y desalojólos con poco trabajo, llevando en su contra ocho batallones. El general Delzóns, á quien se disponía á apoyar con todo su cuerpo de ejército el príncipe Eugenio, apresuróse á pasar el puente, á trepar las cumbres bajo el fuego de escarpa de la artillería rusa, y á entrar en Malo Jaroslawetz. Allí penetró á bayoneta calada, echando fuera á los rusos. A su vez tornó el general Doctoroff con todo su cuerpo, que constaba de diez á once mil hombres, al par que sólo tenía de cinco á seis mil el general Delzóns, y consiguió que se replegaran los franceses. Otra vez el bizarro Delzóns volvió á su cabeza espada en mano, y cayó mortalmente herido de tres balazos. Su hermano, que servía á sus órdenes y que le amaba como merecía serlo, precipitóse á arrancarle de manos de los rusos y cayó atravesado de balas. Empeñóse una horrible refriega, y la división de Delzóns fué arrollada de nuevo. Pero enviando el príncipe Eugenio al general Guillemot, su jefe de estado mayor, para reemplazar á Delzóns, acudió personalmente con la división de Broussier á restablecer el combate, y dejó en reserva, al otro lado del Lougea, á la división de Pino con la guardia italiana.

Bajo un fuego espantoso trepó la división de Broussier por la ladera cubierta de cadáveres de la división de Delzóns, penetró en la pequeña ciudad de Malo Jaroslawetz, arrojó de calle en calle á las tropas de Doctoroff, y obligólas á replegarse sobre la meseta. Pero en este momento, adelantándose al ejército ruso el cuerpo del general Raefskoi, llegaba á las cercanías de la ciudad y lanzóse á ella al punto con singular ardimiento. Furiosos y con todos los generales á la cabeza luchaban los rusos para impedir á los franceses aquella preciosa retirada de Kalouga: por su parte los franceses combatían con cierta especie de desesperación para abrirla, y aun cuando fuesen diez ú once mil á lo sumo contra veinticuatro mil contrarios y bajo una artillería dominante, se mantuvieron firmes. Incendiada muy pronto aquella ciudad sin ventura, fué perdida y recuperada hasta seis veces. Se lidiaba en medio de un incendio que devoraba á los heridos y calcinaba sus cadáveres.

Finalmente estábamos próximos á sucumbir al cabo, cuando la división italiana de Pino, que aún no se había batido en esta campaña y que ardía en deseos de señalarse, cruzó el puente, trepó las alturas, llegó á la meseta á pesar de una horrorosa lluvia de metralla, y desembocando por la izquierda de la ciudad, logró arrollar á las masas de infantería rusa. Sobre ella se precipitó el cuerpo del general Raefskoi; mas le hizo cara y empeñóse un furioso combate á la bayoneta. De refuerzo necesitaba la brava división de Pino: se lo dieron los cazadores de la guardia real italiana y la sustentaron bizarramente. Así tomada por séptima vez la ciudad de Malo Jaroslawetz por los franceses con ayuda de los italianos, quedó al fin por nuestra. Miles de hombres cubrían este horroroso campo de batalla y estaban amontonados sobre las humeantes ruinas.

Declinaba el día y nada revelaba que estuviere concluida la batalla ni que debía pertenecernos el punto disputado, pues situado Napoleón á la opuesta vertiente del Lougea y enfrente de este campo de carnicería, podía divisar las masas compactas del ejército ruso, adelantándose á marchas forzadas. Por dicha á las órdenes del mariscal Davout llegaban dos divisiones del primer cuerpo, y con este socorro había seguridad de resistir á todas las fuerzas del enemigo. Habiéndose trasladado á las órdenes de Napoleón la división de Gerard, que era la antigua de Gudín, á la derecha de Malo Jaroslawetz, y la división de Compans á la izquierda, perdieron los rusos la esperanza de desalojarnos, porque también desde la meseta que ocupaban ellos veían á nuestras masas adelantarse con bríos, y se retiraron á una legua corta, abandonándonos á Malo-Jaroslawetz, horrible teatro de los furores de la guerra, donde yacían muertos cuatro mil franceses é italianos y seis mil rusos, unos calcinados, otros molidos bajo las ruedas de los cañones, que habían pasado sobre los cadáveres en la precipitación del combate. Ni el campo de batalla del Moskowa ofrecía espectáculo más horrible en rededor del gran reducto. Aquí había de más el incendio, que añadió nuevas enormidades á la muerte.

Vivaqueóse con el corazón oprimido y pensando en lo que se preparaba para el día siguiente. Algo detrás del Lougea acampó Napoleón en la aldea de Gorodnia. Este excelente movimiento, cuyo éxito había esperado y hubiera obtenido si maniobrara á la cabeza de masas menos considerables, no era ya posible sin una gran batalla, que ganara sin duda con tropas que sabían lidiar en la proporción de uno contra tres; pero durante cuatro días acababa de ver lo que podía ser su retirada, embarazada por tan gran cantidad de bagajes, acosada por innumerable caballería ligera, y se estremecía á la sola idea de tener que llevar en pos del ejército á diez mil heridos. Dos mil por lo menos había tenido en esta jornada, habiendo muerto los otros ó no pudiendo ser llevados á ningún punto, y debiendo ser abandonados con general pesar sobre el teatro de su decisión gloriosa. Así pasó aquella noche meditando en su vasta cabeza, llena de desvelos crueles, las eventualidades propicias ó adversas de una marcha obstinada sobre Kalouga, y apresuróse á montar á caballo el 25 por la mañana para reconocer la posición que á una legua de allí habían ido á ocupar los rusos. Partiendo de la aldea de Gorodnia y rodeado de sus principales oficiales, hallá-

base á la orilla del Lougea é iba á cruzarlo, cuando súbito se oyeron gritos tumultuosos de cantineros y cantineras á quienes perseguía una nube de cosacos, que en número de cuatro ó cinco mil habían pasado el Lougea hacia nuestra derecha, con un arte de sorpresa en que nadie aventaja á estos incansables salvajes, cruzando los ríos á nado, galopando por las laderas de las cumbres como por las llanuras, astutos, implacables, y tan veloces en asomar como en desaparecer á la vista. Apoderarse de Napoleón y llevarle prisionero á Moscou era el constante sueño del hetmán Platow y de toda la nación cosaca. Les ocurría que cientos de millones no serían galardón excesivo por tamaña captura, y lo que es ahora se realizara su sueño si un cosaco tan sólo conociera de vista al que excitaba su codicia tan fuertemente. Corriendo á derecha é izquierda se abalanzaron al grupo imperial lanza en ristre, é iban á hacer allí víctimas y aún prisioneros, cuando Murat, Rapp, Bessieres, con todos los oficiales de estado mayor, desenvainaron sus espadas, y pelearon apretados en torno de Napoleón, que se sonreía de este percance. Por fortuna los dragones de la guardia echaron de ver el peligro, y corrieron al galope á las órdenes del bizarro teniente Dulac, y cayeron sobre los asaltadores, y acuchillaron á algunos, y los lanzaron al lecho fangoso del Lougea, en el cual se sumergieron aquellos jinetes del Don á semejanza de animales acostumbrados á vivir entre pantanos. Se apoderaron de algunas piezas de artillería y de algunos carros de bagajes, que se les quitaron de nuevo, rechazándolos medianamente maltratados hacia el punto de donde habían venido. Desde la salida de Moscou no se les había visto aún tan de cerca, porque la extensión de nuestras alas no se lo permitía. Pero recientemente les llegó un refuerzo de doce mil jinetes, reputados por los mejores de sus tribus, y se podía juzgar de lo que harían por el espectáculo que estaba á la vista. Por aquí y allí vagaban centenares de caballos que se les habían escapado á los criados del ejército al llevarlos á dar agua; embarazada estaba la llanura por gran porción de carros de artillería y de bagajes, arrancados del parque donde pasaron la noche; mujeres y niños gritaban á una: era una confusión tan alarmante como desagradable á la vista.

Napoleón fingió no hacer caso de ella, y prosiguió el reconocimiento que había empezado más allá de Malo-Jaroslawetz. Asombrado quedó más bien que conmovido delante de aquel horroroso campo de batalla, porque ningún hombre de cuantos menciona la historia había asistido á más horribles escenas de carnicería, ni se había acostumbrado más á ellas, y así fué á reconocer más de cerca al ejército ruso. No teniendo el cauto Kutusoff el apoyo de Malo-Jaroslawetz, que le habíamos quitado, temiendo además ser rebasado sobre su derecha ó sobre su izquierda, se obstinaba en defender la misma orilla del Lougea, y juzgó prudente tomar posición á alguna distancia, donde le cubría un gran barranco, y dejaba á los franceses, si llegaban á atacarle, el inconveniente de dar batalla con el Lougea á sus espaldas. Después de recorrer Napoleón el terreno en todas direcciones y de estudiarlo profundamente en silencio, mientras sus lugartenientes lo estudiaban no menos atentamente, retrocedió camino, volvió á pasar el Lougea, y fué á discutir á una granja de la aldea de Gorodnia sobre el

partido más conveniente, y que debía decidir de la suerte del grande ejército, y, por tanto, del imperio.

Propuso la cuestión á los generales presentes, y admitióles á emitir su voto con libertad completa. Lo grave de la situación no consentía la reserva, ni la lisonja. ¿Convenía obstinarse y dar una segunda batalla para penetrar sobre Kalouga, ó simplemente torcer á la derecha sobre Mojaïsk, á fin de volver á ganar el camino real de Esmolensko, que era propiedad nuestra no disputada á causa de ocuparlo numerosos puestos y de recorrerlo los convoyes? Nadie dudaba de que, si se daba la batalla, sería nuestra la victoria; mas tampoco se ocultaba á nadie la perspectiva de perder como veinte mil hombres, diez mil heridos por lo menos, que había que abandonar ó llevar consigo. Y haber llegado á una especie de igualdad numérica respecto del enemigo á tanta distancia de Polonia, y sobre todo de Francia, ofrecía un peligro, al cual era muy imprudente añadir la pérdida de la quinta parte de las tropas. Ya importaba no perder inútilmente ni un solo hombre. Además, abandonar los heridos á la rabia de los paisanos rusos, desgarraba el corazón al par que envolvía el grave peligro de desmoralizar al soldado, significándole que toda herida equivalía á la muerte.

Por otra parte, volver de resultas de un movimiento á la derecha al camino real de Esmolensko, era condeñarse á andar cien leguas sobre un país que el ejército ruso y el ejército francés habían ya convertido en desierto. Víveres se habían llevado, si bien se acababa de consumir gran parte de ellos durante los siete días empleados en dirigirse desde Moscou á Malo-Jaroslawetz, y ciertamente se consumirían del todo á la llegada á Mojaïsk, donde no se podía estar antes de tres días. Así se habrían perdido en hacer una travesía inútil diez jornadas y víveres en proporción de ellas, siendo así que, tomando simplemente el camino de Esmolensko, con estas jornadas y estos víveres fuera posible acercarse mucho á tal punto, llegar al menos á Dorogobouga, y hallar allí convoyes enviados á nuestro encuentro. ¡Eterno asunto de sentimiento, si el sentimiento sirviera de algo, el haber sacrificado á cálculos de política y de orgullo el recurso tan sencillo y tan modesto de volver por donde se había ido!

No había quien no experimentase tal sentimiento, mas no era ocasión de recriminaciones. Nadie se atreviera, ni debía atreverse á suscitarlas. En aquel memorable consejo celebrado bajo el techo de una obscura cabaña rusa, obedeciéndose á un sentimiento unánime, aconsejando sin reserva la retirada más pronta y más directa por Mojaïsk y el camino trillado de Esmolensko. Razones que todos los opinantes tenían en la boca porque las abrigaban en el ánimo, eran la incertidumbre de debilitarse mucho con una batalla en situación en que todo hombre se debía considerar precioso, la imposibilidad de llevar consigo diez ó doce mil heridos, y por último, en el caso de obstinarse en pelear para penetrar sobre Kalouga, el peligro de que, aprovechándose el contrario de nuestras nuevas dilaciones, se corriera en masa hacia nuestra derecha y nos obstruyera el camino de Mojaïsk, que á la sazón era nuestro postrer recurso. Cuando la turbación se apodera de los ánimos, y aun de los más bríosos, no lo hace á medias. Sólo un espectáculo se tenía delante de los ojos, y era

el de las fuerzas rusas juntas en Mojaïsk para cerrarnos el camino de la Polonia. Sin embargo, con soldados y oficiales como los que teníamos jamás cabe ser cortado, y hay siempre la seguridad de abrirse calle. Uno de los lugartenientes de Napoleón que unía al vigor en la acción una rara firmeza de espíritu, el mariscal Davout, participando de la opinión de que era forzoso renunciar al proyecto de penetrar sobre Kalouga, emitió un parecer medio, y consistía en tomar un camino todavía expedito y que, situado entre el nuevo de Kalouga, cerrado por Kutusoff, y el de Esmolensko, cerrado por la miseria, pasaba por Medouin, Jouknow, Jelnia, por entre países nuevos y abundantes en víveres. Con medios de subsistencia había seguridad de mantener el ejército reunido, y de llegar á Esmolensko fuertes, respetados y siempre formidables.

Este dictamen no recibió buena acogida por parte de los colegas del mariscal Davout, que no veían seguridad sino en volver á ganar por el camino más corto, esto es por Mojaïsk, la carretera de Esmolensko. Napoleón no lo apoyó como hubiera debido, porque no participaba de la opinión del mariscal Davout ni de la de sus demás lugartenientes. Persistía en pensar que lo mejor sería dar batalla, penetrar sobre Kalouga é ir á establecerse victoriosamente en la fértil provincia cuya entrada nos querían impedir los rusos á tanta costa. Además de la ventaja de alcanzar una victoria, de restablecer el ascendiente de las armas, ya algo comprometido, veía la de estar en un país rico, y no dudaba del ejército cuando tuviera con que comer y abrigarse. Verdad es que existía el peligro de debilitarse numéricamente, bien compensado, según Napoleón, por la ventaja de reforzarse moralmente; pero quedaba también la dificultad á que no hallaba respuesta, de dejar yaciendo por tierra á diez ó doce mil heridos. Menester es decir en su elogio que, habituado como estaba á los horrores de la guerra, su espíritu se perturbaba al figurarse tantos infelices abandonados, á pesar de sus gritos y de sus ruegos, sobre un camino abierto por su bizarría. ¡Ah, si el libro de los destinos se abriera por un instante, ya á él ó ya á los suyos, y se pudieran ver cien mil hombres muriendo de hambre, de frío y de cansancio sobre el camino de Esmolensko, sacrificará sin vacilar veinte mil heridos á la ventaja de evitar el camino de la miseria para ganar el de la abundancia!

Perplejo, agitado, atormentado por los espectáculos contrarios que le presentaba sin cesar su imaginación vigorosa, vacilaba Napoleón todavía, cuando, por un gesto familiar de los que á veces se permitía con sus lugartenientes, tomando la oreja del conde Lobau, antiguo general Moutón, soldado rudo y nada lerdito en callar y no hablar más que oportunamente, preguntóle su dictamen sobre las diversas proposiciones emitidas. Sin tardanza ni vacilación respondióle el conde Lobau que su parecer era salir al punto y por el camino más corto de un país donde se había permanecido sobrado tiempo. Esta última respuesta, dada en términos incisivos, acabó de trastornar á Napoleón que, sin resistirse inmediatamente, mostróse ya propenso á la opinión que parecía dominante. Esta vez más, por haber osado mucho acometer esta guerra, no osaba lo bastante en la manera de dirigirla. Para el día siguiente aplazó su resolución terminante. Sin embargo, no se perdía tiempo,

pues habiendo salido Ney en la noche del 23 de Gorki, desfilaba en este momento detrás del grueso del ejército y necesitaba dos días para tomar la cabeza. En la noche del 23 al 24 había caído una lluvia repentina y de mal agüero, ablandando los caminos y preparando á los caballos fatigas muy superiores á sus fuerzas. Ya se sentía frío en el vivaque. Todo tomaba un aspecto triste y sombrío. Como se pudo y de donde se pudo se encendieron con el resto de chozas rusas grandes hogueras para conjurar este invierno que comenzaba.

Al día siguiente 26 de octubre, á caballo Napoleón desde muy temprano, quiso reconocer de nuevo la posición de los rusos. Al parecer retrogradaban con el fin de tomar mejor posición más á distancia y de colocarse en aptitud de interceptar más eficazmente el camino de Kalouga. Napoleón halló todos los pareceres tan pronunciados á favor de una pronta retirada sobre Mojaisk como el día antes. Por desgracia, habiendo intentado trasladar el príncipe Poniatowski desde Wereja, donde se hallaba, al camino de Medouin, dirección intermedia por el mariscal Davout aconsejada, experimentó un descalabro, poco adecuado á recomendar el tal consejo. Así Napoleón abrazó su partido, y determinóse al cabo á la vuelta directa por el camino de Esmolensko, no admitida al principio, á causa de revelar demasiado claramente la intención de emprender la retirada. De suerte que por no haber querido hacer una confesión indispensable, por no haberla querido hacer á tiempo, había que hacerla ahora más completamente, de una manera más triste, y con los inconvenientes que resultaban del tiempo gastado y de los víveres consumidos.

De todo modos fuerza era resignarse y tomar la travesía de Wereja, por donde en tres días iríamos á Mojaisk, con lo cual á los once días nos hallaríamos en este punto, donde pudiéramos llegar en cuatro. Napoleón expidió todas las órdenes para emprender este movimiento, cuya dilación no era posible. La guardia con el cuartel general debió marchar á la cabeza; el mariscal Ney, que ya había desfilado detrás del grueso del ejército, debía seguir á la guardia con lo que aún quedaba de caballería; después debían marchar el príncipe Eugenio y el príncipe Poniatowski y por último detrás de todos el mariscal Davout, cuyo cuerpo, más consistente que los otros, estaba llamado á representar el papel tan difícil como peligroso de la retaguardia. Los restos de la caballería de Grouchy, cuyo mando había vuelto á tomar este denodado general á pesar de su herida, fueron dados al mariscal Davout para que le ayudaran al desempeño de su tarea.

El movimiento definitivo de retirada comenzó el 26 de octubre, y el mariscal Davout permaneció en posición todo el día, para proteger la marcha de los demás cuerpos. A contar desde este instante se derramó en los ánimos cierta especie de tristeza. Hasta aquí se había creído maniobrar, al pasar por países fértiles, para trasladarse á mejores climas; pero ya no era posible forjarse ilusiones y desconocer la cruel verdad. Se emprendía una retirada forzosa, por un camino conocido, que no ofrecía nada nuevo, y sólo presentaba en perspectiva la miseria. Sin embargo, no se temía al enemigo, y si algún deseo se abrigaba era el de encontrarle y tomar venganza de las penosas resoluciones que había que tomar á la fuerza.

A otro día, que era el 27, se hallaban todos en marcha desde Malo-Jaroslawetz á Wereja, á la cabeza la guardia, según se ha dicho, Murat y Ney detrás de la guardia, Eugenio detrás de éstos, Davout detrás de todos, con encargo de protegerlos. Especialmente en la retaguardia se debían experimentar las mayores dificultades y correr los mayores peligros. Cruelmente los experimentó durante los tres días empleados en ir de Malo-Jaroslawetz á Mojaisk por Wereja. Delante de sus bagajes iban las tropas de cada cuerpo, con el fin de llegar lo más pronto posible al lugar donde debían pasar la noche, y se cuidaban muy poco de la cola de estos bagajes dejando que se prolongara detrás de ellos. Todo el embrazo caía sobre la retaguardia, porque, debiendo cubrir la marcha, estaba obligada á detenerse en todos los pasos, á menudo á reparar los puentes que no habían podido resistir una carga demasiado pesada, á mantenerse en posición bajo un fuego de artillería que molestaba sobremanera, y en medio de los hurras continuos de los cosacos. Indispensable fuera una caballería numerosa y bien montada para ayudar á la infantería en este servicio penoso. Pero la del general Grouchy, corriendo todo el día para velar sobre nuestras alas y nuestra espalda, y teniendo que ir de noche á buscar forrajes á lo lejos, se hallaba á la tercera marcha tan rendida de cansancio, que, viéndola el mariscal Davout amenazada de una disolución completa, envió delante de su cuerpo los restos de ella, y resolvió hacer el servicio de retaguardia tan sólo con su infantería.

Este intrépido y solícito mariscal no abandonaba un momento sus tropas, vigilándolo todo en persona, haciendo reparar los puentes, limpiar los pasos, destruir los bagajes que no podía seguir llevando, saltar las cajas de municiones que no tenían tiros. Ya se oía el siniestro ruido de estas explosiones, que anunciaban la falta de nuestros medios de transporte, y se veían los caminos cubiertos de aquellos carruajes que no se habían querido sacrificar á la salida de Moscou, y de que era menester separarse ahora, no pudiéndolos llevar más lejos. Otro sacrificio había harto más costoso, el de los heridos, y tristemente se renovaba á cada paso. De la manera que se pudo fueron reunidos los heridos de Malo-Jaroslawetz, obligando á todos los carros de los bagajes á encargarse de ellos, sin exceptuar los del estado mayor, y el mariscal Davout anunció que mandaría quemar los que no guardaran el precioso depósito que se les había confiado. Así se obtuvo al menos por los primeros días el transporte de estos heridos por los bizarros soldados de la retaguardia, que cubrían al ejército con su denuedo, no tenían quien los recogiese cuando caían con heridas y oíaseles lanzar gritos desgarradores y suplicar vanamente á sus camaradas que no les dejaran morir en los caminos, privados de socorros ó rematados por la lanza de los cosacos. Sobre las cureñas de los cañones hacía colocar el mariscal Davout á todos los que había tiempo de alzar de tierra; pero á cada paso veíase obligado á abandonarlos por falta de espacio y de medios de llevarlos consigo, y el corazón de hierro del inflexible mariscal se desgarraba de resultas. De sus apuros daba parte al estado mayor general, que, marchando á la cabeza del ejército, se cuidaba poco de lo que acontecía á la cola. Habiéndose acostumbrado Napoleón tiempo había á fiar los pormenores de ejecución á

sus lugartenientes, no necesitando por otra parte ordenar ninguna maniobra, no teniendo que hacer más que caminar tristemente al paso de su infantería, viendo ya muchos males en el camino, previéndolos todavía mayores, profundamente humillado por esta retirada, sobre la cual ya no cabía disimulo, comenzó á encerrarse en el estado mayor general, limitándose, sin irlo á inspeccionar por sí mismo, á censurar al mariscal que mandaba la retaguardia, de quien decía que era sobradamente metódico y caminaba muy despacio. Para colmo de desdicha, en su irritación contra los rusos había prevenido que se quemasen todos los lugares por donde se cruzara. Esta faena se hubiera debido abandonar á la retaguardia, que hubiera prendido fuego á las poblaciones, cuando ya no tuviera que sacar provecho alguno de ellas, pero complaciéndose cada cual en hacer cundir el incendio, á menudo el primer cuerpo hallaba presa de las llamas los lugares donde pudiera proporcionarse víveres y abrigo.

Así se emplearon tres penosos días en llegar á Mojaisk por Wereja. A pesar de estos primeros trabajos de la retirada, que pesaron casi exclusivamente sobre el primer cuerpo, aún reinaba la confianza en todos los corazones. Ya en Mojaisk, había que hacer siete ú ocho marchas para ganar á Esmolensko; aunque frío de noche, continuaba el tiempo siendo hermoso de día, y después de algunos instantes de padecimientos, se lisonjearon todos de hallar en Esmolensko el descanso, la abundancia y abrigados cuarteles de invierno.

Al ejército se había incorporado el mariscal Mortier en Wereja. Después de hacer saltar el Kremlin en la noche del 23 al 24, salió de Moscou con cuantos heridos y enfermos pudo llevar consigo, con los cuatro mil hombres de la joven guardia, los cuatro mil de caballería desmontada, y los dos mil de caballería, artillería é ingenieros que completaban su guarnición. En la casa de los niños expósitos dejó algunos centenares de hombres, que no podían ser trasladados á ningún punto, confiándolos al honor y á la gratitud del respetable Mr. Toutelmine. En el momento de la partida hizo una captura de bastante importancia, la de Mr. de Wintzingerode, wurtembergués de nacimiento, á quien siempre había encontrado Francia entre sus más activos contrarios, y que, habiendo pasado al servicio de Rusia, mandaba en los alrededores de Moscou una partida. Harto impaciente por volver á entrar en aquella capital, que creía evacuada, se aventuró á penetrar en ella, y fué cogido prisionero con uno de sus ayudantes de campo, joven de la familia de Narishkin. Llevados al cuartel general estos dos oficiales enemigos, Napoleón recibió muy mal á Mr. de Wintzingerode, diciéndole que pertenecía á la confederación del Rhin, y era de consiguiente súbdito suyo y rebelde; que no figuraba como prisionero ordinario, y que iba á ser sometido á una comisión militar y tratado con todo el rigor de las leyes. Suavizándose más respecto del joven Narishkin le dijo que, siendo ruso, sería tratado como los demás prisioneros de guerra, pero que era de extrañar que un joven de familia ilustre sirviera á las órdenes de uno de los extranjeros mercenarios que infestaban la Rusia. Por su decoro y por el del ejército francés deploraron los oficiales que rodeaban á Napoleón que no reprimiera mejor la explosión de su desagrado, se apresuraron á

consolar á Mr. de Wintzingerode, le colmaron de atenciones, le hicieron comer con ellos, bien convencidos de que Napoleón no les miraría de mal ojo porque enmendaran las faltas á que le arrastraba su genial impetuoso.

Habiendo llegado el ejército á la altura de Mojaisk al cabo de tres días, vivaqueó sobre el fúnebre campo de batalla de Borodino, y no pudo volverlo á ver sin experimentar las impresiones más dolorosas. En un país poblado, que conserva sus habitantes, pronto desaparecen los tristes despojos de que comunmente queda cubierto un campo de batalla; pero en la infeliz ciudad de Mojaisk, entregada á las llamas, no hubo habitante que no huyera; las aldeas inmediatas sufrieron idéntica suerte, sin quedar nadie para enterrar los cincuenta mil cadáveres que yacían por tierra. Carros rotos, cañones desmontados, cascos, corazas, fusiles desparramados aquí y allí, cadáveres medio devorados por los animales impedían el paso y presentaban el espectáculo más horrible. Siempre que se llegaba cerca de algún punto donde había caído número de víctimas no escaso, se veían nubes de aves de rapiña que volaban, lanzando siniestros graznidos y oscureciendo el cielo con asquerosas bandadas. Como empezaba ya á hacerse sentir por las noches la escarcha y caía encima de aquellos cuerpos, suspendiéronse por fortuna sus peligrosas emanaciones, sin disminuir lo horrible de su aspecto, y antes bien aumentando; así las reflexiones que excitaba su vista eran profundamente lastimosas. ¡Cuántas víctimas, se decía, y para qué resultado! Se había corrido de Wilna á Vitebsk, de Vitebsk á Esmolensko, con la esperanza de una batalla decisiva: se había ido en pos de esta batalla hasta Viasma, después hasta Ghjat; se había hablado al fin en Borodino, sangrienta, encarnizada: se había avanzado hasta Moscou con la esperanza de obtener allí el fruto de ella, y no se había encontrado más que un vasto incendio! Ahora se retrocedía sin haber obligado al enemigo á rendirse y sin recursos para vivir durante la retirada: se retrocedía al punto de partida, tras de perder la mitad de la gente, sembrando todos los días la tierra de despojos, con la certidumbre de un invierno riguroso en Polonia, y con perspectivas de paz muy lejanas, porque la paz no podía ser el precio de una retirada forzada á todas luces. ¡Y para un resultado de tal especie se había cubierto con cincuenta mil cadáveres la tierra!

Todos hacían estas desconsoladoras reflexiones, porque en el ejército francés piensa el soldado tan prestamente como el general, y no menos bien á menudo. Napoleón no quiso que los soldados tuvieran tiempo de cavilar sobre este asunto, y dispuso que no permaneciera cada cuerpo más que una noche en aquel funesto campo de Borodino. Allí se halló á los westfalianos á las órdenes del pobre general Junot, siempre doliente de su herida, padeciendo aún más de resultas de los disgustos experimentados en esta campaña, y no conservando más que tres mil hombres de los diez mil que existían en Esmolensko, de los quince mil que pasaron el Niemen. Mientras el ejército permaneció dentro de Moscou, ocupóse en custodiar los heridos de la abadía de Kolotskoi, y en dirigir cuantos pudo á Esmolensko por medio de carros que logró proporcionarse. Más de dos mil le quedaban por trasladar todavía. Continuando